

LAS TABLAS PLUMBEAS: Moros, judíos y cristianos



Extramuros de la ciudad de la Alhambra hacia el Oriente, por el Darro, se encuentra un poco más allá de Silla de Moro un monte en la ladera septentrional del valle. Actualmente se le conoce por el nombre de Sacromonte, pero antes de 1595 llevaba el merecido título de Valparaíso. En este año un grupo de hombres procedentes de varias partes de Andalucía buscaba, o decían buscar, la famosa mina de oro del último rey goda, Rodrigo. Pero la mina que encontraron resultó ser no de oro, sino de plomo; no de Rodrigo, sino de unos moriscos granadinos que hacían allí un último esfuerzo para integrarse en la sociedad española de la Casa de Austria. El hallazgo fue el primero de los que prontamente llegaron a llamarse los «libros plúmbeos».

A la sazón fue arzobispo de Granada don Pedro de Castro, hijo del famoso gobernador del Perú y Cuzco y vencedor del rebelde Almagro. Ya antes de ser nombrado a la mitra granadina, cuando ostentaba el cargo de presidente de la Chancillería, don Pedro se caracterizaba por su postura siempre defensiva de los derechos eclesiásticos. Pero siendo a la vez hijo de su tiempo recibía con gran entusiasmo los descubrimientos del Valparaíso, a pesar de las advertencias de gentes doctas de que los hallazgos probablemente eran falsificaciones. Además del gran vacío santoral que llenaban los

libros plúmbeos para la iglesia granadina, pues carecía de una historia eclesiástica tan desarrollada en otras ciudades españolas, ocasionaban una magnífica oportunidad al arzobispo para poner de manifiesto los derechos y el prestigio popular de que él gozaba.

Los últimos rastros de la cultura andaluza

Escasamente un mes después de los descubrimientos, el confesor de Felipe II, fray Diego de Yepes, hombre bastante poderoso por su íntima relación con el rey, sugirió a don Pedro que edificara una iglesia o un monasterio en el sitio del hallazgo. Por supuesto que una vez notorio el hallazgo, el arzobispo y todos los defensores de los libros y reliquias que descubrían con éstos, disfrutaban de un enorme apoyo popular, sin el cual todo lo sucedido en torno al Sacromonte hubiera sido imposible.

Hay que tener en cuenta la especialísima situación de Granada de finales del XVI, donde los últimos rastros de la cultura andalusí vivían su agonía final, pero donde a la vez los moriscos recién vencidos en su malograda rebelión, convivían con

los cristianos antiguos de las clases populares. La rebelión de 1570 debía convencer a cierto grupo de moriscos que no podían lograr que lo individual de su cultura durase por las armas. Estos moriscos, y quizá alguno no morisco envuelto en el asunto por intereses personales, decidieron intentar la creación de una religión sincrética en que la cultura árabe y los árabes se destacarían como elementos clave en la salvación de la Iglesia, tema muy al día en aquellos años de la Reforma Católica. El resultado de este intento fueron los libros plúmbeos y, algo antes, en 1588, el pergamino de la Torre Turpiana.

Pedro de Castro fue un prelado eminentemente tridentino, y cuando supo de la existencia de las posibles reliquias de San Cecilio se reservó para sí el derecho de calificarlas. Al mismo tiempo Castro se dio cuenta de su enorme popularidad como descubridor de las reliquias del Patrón de Granada. La Carta de Yepes demuestra que, desde el principio, Castro pudo estar pensando en la edificación de alguna institución en el sitio de los descubrimientos y que esta fundación gozaría de la aprobación general. El 19 de mayo de 1595 Castro empieza a pedir dinero al rey para los gastos que implicaban los descubrimientos. Castro no era un hombre pobre y fácilmente podía pagar todos los gastos de su propia bolsa. Este pedido y los varios si-



RADIO POPULAR
DE SEVILLA,
CORDOBA,
GRANADA y
JAEN

les acompañan
con los programas que

INFORMAN
PROMOCIONAN
DISTRAEN y
PRESTIGIAN

SEVILLA: Virgenes, 24. - CORDOBA: Plaza del Cardenal Toledo, 2

GRANADA: Gran Vía, 28. - JAEN: Obispo González, 2

guientes nos indica que desde estos momentos don Pedro buscaba algún vínculo oficial entre su futura fundación y la familia real, vinculó por fin logrado cuando Felipe III permite que sea nombrado Patrón de la Abadía del Sacromonte.

Cuando el arzobispo dio la orden de terraplanar el monte para facilitar las obras de excavación, el permiso le fue negado por la Audiencia, dado que el Valparaíso, ahora Sacromonte, pertenía al Solar Realeño. Para guardarse contra futuras dificultades de este tipo, Castro compró el monte entero. Esta acti-

ocurría en el asunto de los hallazgos de Granada. Es decir, que el legado de Roma, dándose cuenta de que Castro sería un personaje muy difícil de controlar, buscaba a los aliados que mejor podría mantenerle en jaque. Pero el Real Consejo, no sólo por los vínculos amistosos que le unían a la familia de Castro, sino también por su propia credulidad en los hallazgos, aprobaba por ahora la actuación de Castro. Pide a Castro que no haga nada sin consultarlo primero, y a cambio Castro pide al Real Consejo la liberación de sus clérigos.

cesiones en masa fueron interpretadas como un milagro; una de muchas pruebas en favor de la autenticidad de las cenizas y huesos que calificaban.

La mitra granadina protectora de los intereses moriscos

Cabe destacar aquí que aunque Castro pudo usar los descubrimientos a su provecho, esto no quiere decir que era un oportunista cínico que jugaba con los cultos populares para lograr los fines de su política. Todo lo que escribió Castro en torno a los libros plúmbeos prueba que era tal vez el más crédulo de todos. Ya versado en hebreo, el prelado granadino se puso a estudiar el árabe para mejor comprobar la veracidad de las traducciones. Llega a tal extremo que le encontramos en el Sacromonte curando a una chica endiablada con las palabras «noy hay Diós sino Diós; Jesús Espiritu de Diós» en árabe, la fórmula prescrita para tales casos en uno de los libros plúmbeos.

Toda la orientación de matices de los plomos haría del fundador de la abadía del Sacromonte un protector de los intereses moriscos. Con el espíritu de un Talavera Castro, ya instalado en la silla metropolitana de Sevilla, intenta suavizar un tanto la pragmática expulsora de 1619 escribiendo varias veces al rey que sea un número mínimo los moriscos a expulsar. Se ha calculado que entre 1595 y 1623, año de su muerte, Castro gastó más de seiscientos mil ducados de sus fondos personales en la defensa de los libros plúmbeos y la fundación de la abadía.

Digamos algo sobre la naturaleza de los descubrimientos. Había dos tipos: las reliquias propiamente dichas, es decir, huesos y cenizas, y los libros. Al lado de las reliquias estaban unas láminas, también de plomo, escritas en caracteres latinos ejecutados de tal manera que parecía muy antiguos y que se ha llamado letra hispano-bética. Los libros plúmbeos, veintidós en número, vienen escritos casi exclusivamente en árabe, algunos llevando una hoja introductoria en letra hispano-bética y otros escritos en caracteres todavía no descifrados. El temario de los plomos es muy extenso, pues trata de liturgia, teología, mariología, etc. Supuestamente son el legado escrito de los santos Cecilio y Tesifón.

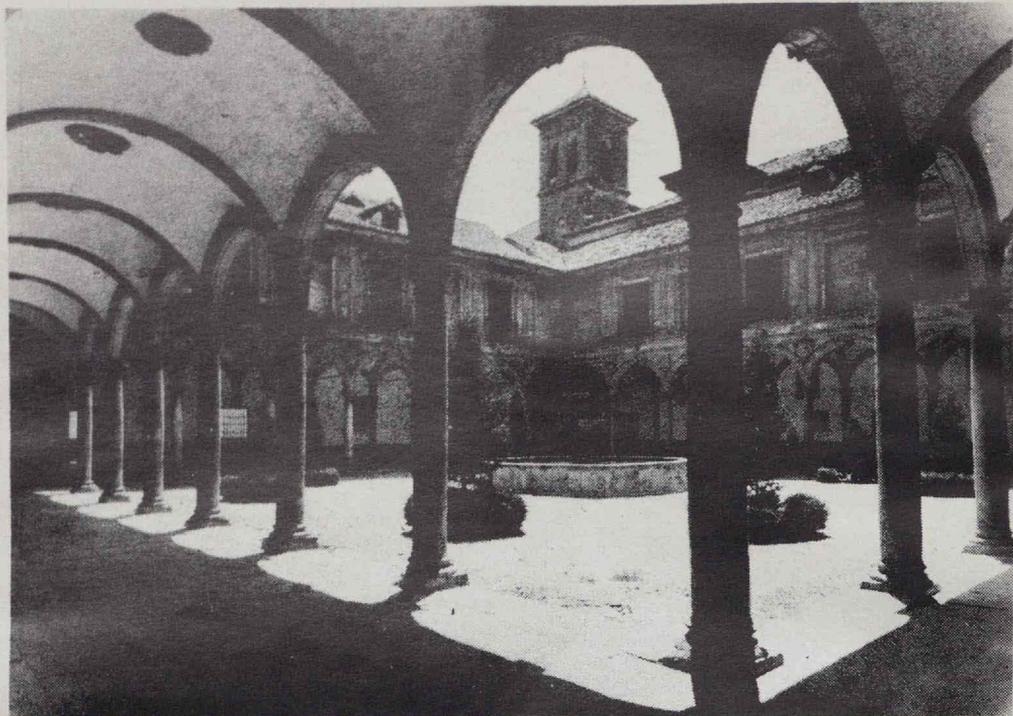
Desde el principio, Castro pretendía unir las reliquias y libros en un grupo homogéneo para así facilitar la calificación como auténticos de los libros. Pero la Nunciatura



tud de la Audiencia fue característica de las luchas eclesiástico-civiles que se desarrollaron en aquel entonces. Pero Castro conoció perfectamente a sus adversarios y en estos primeros años se valió de sus poderosos amigos en la Corte para desafiar a la Nunciatura y a la Inquisición. Además, Castro sabía que el Rey Prudente tuvo una gran afición por coleccionar reliquias de toda clase: incluso tuvo una toca de una reliquia no calificada procedente de la Torre Turpiana.

Muy poco después de los descubrimientos del prelado granadino empieza a utilizar el Sacromonte para establecer su posición frente a la Inquisición. El abad de Atarfe y el magistral de Granada, entre otros, habían sido encarcelados por el Santo Oficio. En tres cartas dirigidas al rey, Castro pretende saltar a estos clérigos bajo el pretexto que los necesitaba para la calificación de las reliquias. En Madrid, el nuncio intentaba persuadir al Real Consejo para que actuase con la mayor prudencia en todo lo que

El comportamiento de la Nunciatura nos habla de cómo Castro supo interpretar la fe popular de Andalucía, y en especial la de Granada, para emplearla en su batalla, de marcado carácter personal, por los derechos de la Iglesia. Una vez hecho público el hallazgo, los granadinos empiezan a tener procesiones al Sacromonte, llevando cruces de todos tamaños para dejarlas allí en símbolo de su fe. Seguramente los moriscos apoyaban esta práctica, ya que siempre habían tenido al Valparaíso como sitio especial, sobre todo la llamada Fuente de la Salud, situada al pie del monte. La reacción del nuncio a estas manifestaciones populares fue instar al arzobispo de Granada que las prohibiese e incluso que quitase las cruces, pero decía al nuncio que la repentina devoción al Sacromonte era tan masiva que el cumplir con la orden a pie de la letra hubiera sido imposible. Así, la fama del Sacromonte creció cada día, y cinco años después, cuando tuvo lugar la calificación de las reliquias, las pro-



ra se opuso a Castro de inmediato y le obligaron a ceder al Papa el derecho que le correspondía de calificar todo lo que está escrito. Sin embargo, Castro procedía con el proceso de la calificación y las reliquias fueron declaradas como auténticas en abril de 1600.

Aunque los plomos son torpes falsificaciones, no se puede negar la masiva reacción erudita que causaron en casi todas las ramas de la cultura. Cada tema tocado en los libros plúmbeos tenían sus defensores y émulos, así que los archivos de la abadía contienen voluminosos legajos llenos de estudios de mariología, la venida de Santiago a España, la Trinidad, los sacramentos, etc. Intervienen en la polémica, de manera más o menos directa, algunos de los grandes eruditos del día, tales como Benito Arias Montano y el padre Juan de Mariana, y un sinnúmero de personajes menores de notable carácter picaresco. Efectivamente, Cervantes alude burlescamente a la caja de plomo descubierta en la Torre Turpiana al final de la primera parte del «Quijote».

*El primer colegio
universitario privado
del país*

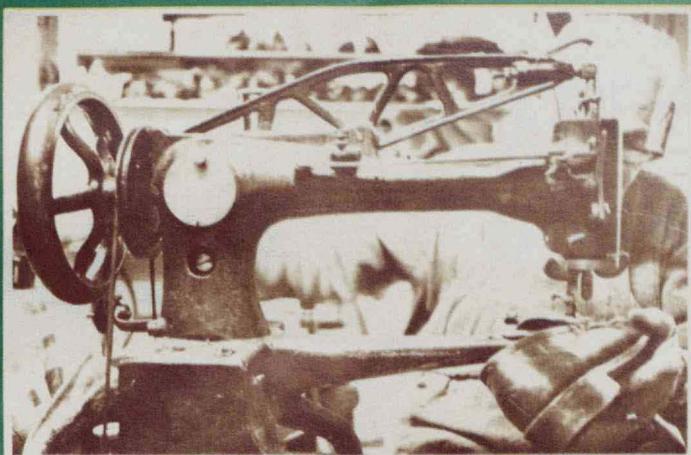
Después de la muerte de Castro el nuevo campeón del Sacromonte es Adán Centurión y Córdoba, marqués de Estepa, quien, como Castro, llega a creer ciegamente en la autenticidad de los libros plúmbeos y mantiene una batalla quijotesca acompañado por docenas de Sanchos, igual de crédulos, pero más prácticos, a medida que van perdiendo irremisiblemente. También en la banda contraria abundan las figuras excéntricas, como el jesuita morisco Ignacio de las Casas, quien se propuso ir a Roma para convencer al Papa de que los libros eran falsos.

Es significativo de la influencia que debía de ejercer los defensores de los libros, siempre basándose en el culto popular al Santo Pa-

trón de Granada, el hecho de que Roma tardó hasta 1682, unos ochenta y seis años, en condenar como falsificaciones unos libros apócrifos que normalmente no hubieran llegado a pasar los límites de los intereses locales.

Así, el Sacromonte constituye el último vínculo formal con aquella España donde convivían musulmanes, judíos y cristianos (el escudo de la abadía consiste en una estrella de David con la palabra «Jesus» escrita en medio en árabe), y a la vez representa la religiosidad popular de toda Andalucía de los siglos XVII y XVIII por los vínculos especiales que unen el Sacromonte a Sevilla, cuyo Senado fue el primero en hacer un voto a los mártires sacromontanos en ocasión de la peste de 1600. Además, la creación por don Pedro de Castro de la abadía y un colegio, el primero en España de carácter privado que otorgaba títulos universitarios, significaba el éxito personal de su lucha por la inmunidad eclesiástica en aquella época crítica de transición.

José Miguel HAGERTY



UN TRABAJO DE ARTESANIA.

Hacemos bien las cosas desde muy abajo.
Hasta arriba.
Llevamos la calidad de construcción
más allá de donde la vista llega.
Y terminamos con un buen acabado.
Porque empleamos los métodos más modernos,
con dedicación artesana.



Zona organizada. Junto a las dos rondas.
Calles amplias. Perfectamente asfaltadas.
Diversidad de servicios.

MENSUALIDADES TIPO ALQUILER.



LA CARRASCA

OTOÑO 11 TELEFONO 35 5380
PROMUEVE Y CONSTRUYE
JUAN SILVERIO S.A.

ANIS
MIURA



CAZALLA

Destilerías de Cazalla, S.A.

(Antes LUCENA HNOS.)

SEVILLA · ESPAÑA

SABOR DE BUENA CASTA

